

# Cuerpo



## OPUS GAY

La prelatura en Chile del Opus Dei, tras dos años de batalla legal, fracasa en su intento de arrebatar el nombre al periódico *Opus Gay*.

## LA OTRA MALNUTRICIÓN

**14%** es el porcentaje de adultos españoles obesos. A su vez, el 38% padece sobrepeso. Estos datos son producto de los malos hábitos alimenticios y de la escasa actividad física, enmarcados en un sistema de consumo desaforado.



SEXUALIDAD - ALIMENTACIÓN - CONSUMO - CUERPO/DIAGONALPERIODICO.NET

ANÁLISIS // SÍNDROMES PSICOLÓGICOS DE LA POSMODERNIDAD

# La epidemia de trastornos mentales

Guillermo Rendueles Olmedo\*

Los psiquiatras y psicólogos se han convertido en el remedio recurrente para cualquier problema. No importa si es usted una trabajadora harta de su jefe o un niño que se porta mal, si sufre por la pérdida

de un ser querido en un accidente o por no hallar empleo. Todo malestar tiene su categoría diagnóstica y su correspondiente terapia... o tal vez no. Mediante esta 'psicologización' general muchos

conflictos políticos o sociales adquieren la falsa apariencia de problemas psicológicos, embrollos íntimos que un especialista, bien armado de terapias y pastillas, puede solucionar.

Cerca del 40% de los españoles recibe o ha recibido alguna clase de tratamiento psiquiátrico. En California lo estadísticamente anormal es no haber consultado nunca con un psicoterapeuta. Antes de apresurarse a declarar la cuarentena para evitar que la epidemia llegue a África –para anorexias están los pobres–, conviene pararse a analizar el fenómeno.

Una pequeña parte de esa población psiquiatrizada son los locos de siempre: esquizofrénicos y psicóticos a los que la Reforma Psiquiátrica que acabó con los manicomios prometió integración social y que hoy languidecen con sus familias. La mayoría padece defectos cognitivo-afectivos terribles que no alivian ni los psicofármacos ni los cacareados apoyos psicosociales. Son la mejor imagen de la impotencia de la cura psiquiátrica y de sus falsas promesas.

Pero ni esos locos, ni los tradicionales quejicas imaginarios, ni los simuladores que buscan bajas y pensiones constituyen el grueso de los afectados por la epidemia psiquiátrica posmoderna, cuyos inicios cabe rastrear en un audaz pronóstico de la Organización Mundial de la Salud (OMS): "En 2000 la medicina logrará que todas las personas alcancen tanto su total bienestar como el máximo desarrollo de sus potencialidades". Obviamente, la mayoría nos hallamos más bien lejos de tan beatífico estado. La gente sufre dolores de cuerpo y alma y acude al psiquiatra a ver si hay alguna pildora (algo han oído del Prozac) o algún consejo de esos expertos en la vida buena (los psicoterapeutas) que le alivie. Por supuesto, esta abultada clientela a la búsqueda de la felicidad por prescripción médica no ha aparecido por generación espontánea. Existe todo un aparato propagandístico que mitifica la eficacia de las terapias e impide a los pacientes percibir que los modernos antidepressivos no son mejores que los antiguos, sino sólo más caros, y que las admoniciones de los profesionales de la salud mental son una pobre pantomima de los consejos de un amigo sensato.

Pero en la salita de espera psiquiátrica no sólo hay crédulos autorreclutados. Si se les pregunta a los pacientes cómo llegaron a la conclusión de que necesitaban terapia, la mayoría responde que han terminado allí tras escuchar una infinidad de "lo suyo no es de aquí" como respuesta a sus solicitudes de ayuda. Cuando los médicos generalistas, los asistentes sociales, los maestros e incluso los curas se enfrentan a demandas

imposibles de satisfacer, a menudo 'descubren' que la causa y la solución del dolor, la violencia familiar, el fracaso escolar o la confesión interminable no es médica, pedagógica o religiosa, sino que pertenece a una oscura región llamada psique.

Esta medicalización de la vida cotidiana hace que problemas como el sufrimiento que produce el trabajo –o sea, la venta del tiempo de vida y el sometimiento al capa-

**El sufrimiento que produce el trabajo, la venta del tiempo de vida, se convierte en el extravagante 'mobbing'**

taz–, se transformen en una extravagante enfermedad llamada *mobbing*. Si antes se organizaban comités de empresa que apelaban a la solidaridad colectiva para resistir las ocho horas de tormento, ahora cada cual se busca un psiquiatra que le proteja del 'mal jefe' (¿los hay buenos?) y le apañe, si las cosas se tuercen, unas bajas laborales. También el trabajo del hogar o las peleas por el poder familiar son dramas cotidianos que, una vez etiquetados como síndromes psiquiátricos –"neurosis del ama de casa", "fatiga crónica", "distimia"–, pierden su realidad material y se convierten en conflictos internos.

**Psiquiatrización del malestar**

Por supuesto, otro elemento importante de esta psiquiatrización general son los antiguos vicios. La embriaguez, la gula, el juego o la lascivia se han transformado en misteriosas "monomanías" llamadas alcoholismo, bulimia, ludopatía y sexoadicción. Quienes padecen estos males mantienen que necesitan ayuda psiquiátrica porque no son dueños de sus actos. O sea, que no beben o comen porque quieren, sino que su conducta está causada por alguna clase de enfermedad, quizás debida a arcanos instintos o a fenómenos biológicos aún desconocidos. Desde su punto de vista, no es que sus vidas estén mal dirigidas y necesiten, pues, de un cambio ético: su afición sin mesura a la bebida o al juego sería de orden patológico y no moral.

El grueso de la nueva clientela de la sala de espera psiquiátrica se compone de personas que no sufren ningún malestar severo y acuden al psiquiatra en busca de consejo y orientación vital. Son gentes que presumen de construir sus vidas en torno a las 'eleccio-



Irene Quejista

nes racionales', que en toda situación procuran sacar el máximo provecho e invertir el mínimo esfuerzo. Su vida, de la cama al trabajo, es un cuidadoso cálculo de inversiones ("¿estaré sacando bastante partido de mi relación con fulanito?", "¿no será una mujer que da demasiado, una masoquista?"). Sin un relato moral por el que guiarse, carentes de vínculos con algún grupo natural más allá de las alianzas coyunturales, flotan en un mundo de individuos y relaciones lábiles.

Estas mónadas posmodernas llegan al psiquiatra buscando una guía para su intimidad. A fin de cuentas, la vida se ha convertido en un gran mercado y también en el terreno sentimental hay que evitar a los gorriones que se aprovechan de nuestros afectos. ¿Por qué no recurrir a un técnico que nos asesore, alguien que nos cure como un médico, nos aconseje como un maestro del corazón y tenga oídos de alquiler para nuestras quejas? Así se explican algunas consultas sorprendentes: un seleccionador de personal que busca ayuda porque con los ligues que consigue en su trabajo "a veces no funciona" y, como lo hace por 'higiene mental' ("estoy de mejor humor en casa y en el trabajo", dice), viene "a ver qué le damos"; la chica de alterne a la que "cuando está con un señor" le dan angustias y viene a por remedios para continuar con su trabajo...

Resumiendo, en la medida en que esta psiquiatrización genera-

lizada agrupa malestares muy heterogéneos –de orden moral, político o médico– y fuerza su expresión íntima o psicológica, contribuye a ocultar la auténtica naturaleza de estos problemas. Los sufrimientos reales se convierten en conflictos internos y la subjetividad pasa a ser el único territorio que cabe transformar. Es como si lo único que hiciera libres a los habitantes de las sociedades pos-

**El grueso de la nueva clientela no sufre ningún malestar severo, acude al psiquiatra en busca de orientación**

modernas fuera la elaboración de sus deseos privados. El ansia por descubrir y satisfacer estos anhelos inconscientes genera falsas necesidades de ayuda psicológica. Así, en los últimos tiempos una enorme cantidad de gente no sólo tolera sino que incluso exige poderes pastorales que guíen su vida en lugar de tomarse el gusto de inventarla.

**El autor**

\*Guillermo Rendueles es psiquiatra. Es autor, entre otras obras, de *Egotría* (KRK, 2005) y *El manuscrito encontrado en Ciempozuelos* (La Piqueta, 1989).

**MÁLAGA //**

**Desalojan a un profesor por una "crisis nerviosa"**

MANUEL PÉREZ ACEDO

Agustín Antúnez Corrales, militante ecologista y profesor de la Universidad de Málaga, fue suspendido de su cátedra y atendido en su despacho por la policía y un equipo médico, que *in situ* le diagnosticó una crisis nerviosa internándole, internándole, hasta la fecha, en un psiquiátrico.

La dirección de la Universidad y sus compañeros dicen que la salud del profesor se agravó justo antes de empezar el segundo trimestre, pero sus alumnos y amigos afirman que se encuentra bien y que ha sido retirado de su puesto por su activismo en contra de la Constitución europea.

El internamiento en psiquiátricos y la declaración de personas molestas como enfermos mentales es una técnica tan antigua que, de hecho, se suele decir que el cartel de 'manicomio' está puesto al revés y dentro quedan, inefablemente, los cuerdos.

Las denuncias para obtener su libertad pueden remitirse a: libertadparaAgustin@yahoo.es